

Ecosistemas comunicativos subterráneos en la dictadura chilena: medios clandestinos, populares y cristianos (1973–1988)

**Underground communicative ecosystems in the Chilean dictatorship:
clandestine, popular and Christian media (1973–1988)**

Rivera-Aravena, Carla

Universidad de Santiago de Chile, Chile

carla.rivera@usach.cl

 <https://orcid.org/0000-0003-2147-3889>

Resumen

El artículo analiza el ecosistema comunicativo subterráneo desarrollado en Chile durante la dictadura (1973–1988), conformado por medios clandestinos, populares y disidentes que operaban fuera del control estatal. El objetivo es comprender cómo estos medios contribuyeron a construir una esfera pública alternativa en un contexto de censura y represión. Se plantea como hipótesis que estas experiencias no actuaron de forma aislada, sino como parte de un sistema interdependiente que articuló prácticas de resistencia, producción de sentido y vínculos comunitarios. La investigación adopta un enfoque relacional que combina los conceptos de ecosistema mediático (Scolari), mediaciones culturales (Martín-Barbero) y *habitus* periodístico (Bourdieu). Metodológicamente, se basa en el análisis documental de fuentes primarias —como panfletos, boletines, prensa partidaria y radios populares— y entrevistas a actores clave del período. El estudio revela que estos medios configuraron un sistema informativo paralelo, sostenido por redes solidarias y estrategias de apropiación cultural, que permitió mantener activa

la circulación de discursos opositores, disputar la hegemonía simbólica del régimen y fortalecer identidades colectivas.

Palabras clave: ecosistema comunicativo subterráneo, esfera pública alternativa, medios no oficiales, redes solidarias, dictadura chilena.

Abstract

This article examines the underground communication ecosystem that emerged in Chile during the dictatorship (1973–1988), comprising clandestine, popular, and dissident media that operated outside state control. The aim is to understand how these media contributed to the construction of an alternative public sphere under conditions of censorship and repression. The central hypothesis posits that these experiences did not function in isolation but as part of an interdependent system that articulated practices of resistance, meaning-making, and community cohesion. The study adopts a relational approach, drawing on the concepts of media ecosystem (Scolari), cultural mediations (Martín-Barbero), and journalistic habitus. Methodologically, it combines documentary analysis of primary sources—including pamphlets, newsletters, party press, and grassroots radio—with interviews conducted with key actors from the period. Findings show that these media formed a parallel information system sustained by solidarity networks and cultural mediation strategies. This system enabled the continued circulation of oppositional discourses, challenged the regime's symbolic dominance, and reinforced collective identities within a fragmented social landscape.

Keywords: Underground communicative ecosystems, alternative public sphere, unofficial media, solidarity networks, Chilean dictatorship.

Recibido: 21 de julio de 2025 – **Aceptado:** 23 de enero de 2026

1. El silencio impuesto y la búsqueda de la palabra

Durante la dictadura militar chilena (1973–1988), el control de los medios fue clave para consolidar la hegemonía autoritaria, censurar la disidencia y estructurar la opinión pública (Baltra Montaner, 1988; Human Rights Watch, 1998). Bandos y decretos definieron lo permitido y lo prohibido, institucionalizando la censura y limitando toda forma de resistencia mediática (Garreton, 1998; Monsalve Araneda, 2020).

Este sistema consolidó medios «oficialistas» —como los diarios *El Mercurio*, *La Tercera* y las emisoras Agricultura, Nacional y Minería, entre otros— que operaban como brazos propagandísticos destinados a legitimar el régimen y demonizar a la oposición mediante el miedo y la estigmatización (Lagos Lira, 2023). Sin embargo, la comunicación no fue solo un derecho negado, sino también un terreno de disputa: emergió un ecosistema comunicativo subterráneo formado por actores,

medios y prácticas que funcionaban en paralelo al sistema hegemónico.

Carlos Scolari (2015) propone el concepto de *ecosistema mediático* para describir un entorno donde los medios actúan como «especies» que interactúan, se complementan, compiten y se hibridan. Desde esta perspectiva, ningún medio opera de forma aislada: todos influyen y son influidos por los demás, estableciendo relaciones dinámicas dentro de un sistema interdependiente. Este marco relacional permite analizar no solo la estructura de los medios, sino también las prácticas culturales y políticas que los atraviesan, superando así los enfoques limitados a estudios de caso o descripciones objetuales.

Aunque existe una producción valiosa sobre medios clandestinos, populares y cristianos durante la dictadura chilena —desde la prensa mirista (Silva-Hidalgo, 2018), la propaganda audiovisual (Leighton, 2013) o la estrategia radiofónica oficialista (Álvaro-Leyton, 2022), hasta reflexiones sobre comunicación alternativa u opositora

(González y Monsalve, 2019) y transiciones mediáticas (Gunther y Mughan, 2000; Durán et al., 1989)—, buena parte de estos estudios ha tendido a fragmentarse en casos aislados, sin reconocer plenamente las prácticas comunicativas como agentes sociales y políticos. Esta limitación ha dificultado comprender la comunicación como un campo estratégico para la construcción de hegemonía, resistencia y memoria colectiva.

Perspectivas críticas inspiradas en autores como Williams (1977) o de Certeau (1984) permiten abordar estas prácticas como procesos sociales situados y en tensión con el poder. Ejemplos como los estudios de Rivera y Calvo (2024) y Pasquariello (2020) sobre la Argentina, los tomos colectivos de la serie *Policarpo. Catolicismo, espacio público y oposición política*, o el análisis del Grupo Clarín como conglomerado mediático y actor político (Becerra et al., 2019) muestran el potencial de estos enfoques para articular comunicación, política y sociedad.

En el ecosistema subterráneo, panfletos, radios y boletines—clandestinos, populares o cristianos y de oposición— se entrelazan en un sistema paralelo que sortea la censura y mantiene viva la circulación de ideas opositoras. Este circuito no puede reducirse a una red técnica ni a una estrategia comunicacional: constituye también un espacio cultural donde los sentidos se construyen, se negocian y se disputan.

Un ejemplo paradigmático es el funcionamiento de la Red de Prensa Popular en los años ochenta, que articuló boletines barriales, medios cristianos y radios alternativas en un entramado colaborativo capaz de responder adaptativamente al cerco informativo del régimen. No obstante, esta interacción técnica y organizacional adquiere sentido profundo solo cuando se observa desde el prisma de las mediaciones culturales propuesto por Martín-Barbero (2003), quien comprende la comunicación como un proceso relacional atravesado por la cultura.

Las mediaciones explican cómo estos mensajes eran apropiados por sus públicos desde prácticas sociales concretas: en comedores populares, parroquias o sindicatos, los boletines no solo informaban, sino que también activaban la organización colectiva y resignificaban los contenidos en clave comunitaria. De este modo, si Scolari aporta el marco sistémico de interacción mediática, Martín-Barbero ofrece las claves culturales que otorgan sentido político a esa interacción.

Las mediaciones no solo habilitan la circulación del sentido, sino que también dotan al ecosistema de su potencia política, al permitir que los mensajes se enraícen en prácticas sociales situadas y tensionen el orden hegemónico. Esta articulación enriquece tanto el debate historiográfico como el comunicacional y abre nuevas preguntas sobre la resistencia, la memoria y la agencia en contextos autoritarios.

Esta dinámica constituye la base para la construcción de una *esfera pública alternativa*, en el sentido habermasiano del término. En un

contexto de censura estatal y concentración mediática, surgieron espacios paralelos de comunicación destinados a garantizar la circulación de información crítica, articular identidades opositoras y sostener el debate democrático. De este modo, estas iniciativas no solo complementaron la esfera pública dominante, sino que la desafiaron directamente, ampliando el campo de la deliberación y la crítica social en condiciones de represión.

Entonces, cabe preguntarse: ¿cómo se configuró este ecosistema comunicativo subterráneo y de qué manera contribuyó a la resistencia social y a la construcción de una esfera pública alternativa durante la dictadura chilena? Para responder, identificamos tres ejes o subsistemas que, aunque diferenciables por sus orígenes, formatos y objetivos, deben entenderse como partes interdependientes de un mismo ecosistema: se solapan, se tensionan y, en muchos casos, se complementan.

El primer subsistema lo conforman los *medios clandestinos vinculados a partidos políticos*

proscritos, responsables de difundir información estratégica, coordinar acciones en la clandestinidad y sostener la legitimidad discursiva de los proyectos político-ideológicos en resistencia.

El segundo está compuesto por los *medios populares*, entendidos aquí de manera amplia para incluir tanto las experiencias de comunicación popular como las de comunicación comunitaria cristiana. Esta agrupación responde a la constatación de que, en el contexto represivo de la dictadura (1973–1990), las fronteras entre ambas se tornaron especialmente difusas y permeables. Compartieron objetivos políticos similares —como resistir la hegemonía mediática, denunciar las violaciones a los derechos humanos y fomentar la participación democrática— y se alimentaron mutuamente en recursos, estrategias y redes. ONG, parroquias, agrupaciones barriales y organizaciones de base promovieron medios alternativos que cumplieron funciones de cohesión social, construcción identitaria y fortalecimiento del tejido comunitario.

Por ello, abordarlos de manera integrada permite visibilizar su carácter colectivo y su función convergente como herramientas de resistencia y articulación frente a la fragmentación impuesta por el régimen.

El tercer subsistema está compuesto por los *medios de masas disidentes o de oposición*. Aunque no necesariamente clandestinos, estos adoptaron posturas críticas frente al régimen, contribuyendo a la circulación de discursos alternativos y a la disrupción del monopolio informativo estatal mediante estrategias de contrainformación, denuncia y apertura de fisuras en la narrativa oficial.

Esta clasificación, sin embargo, no pretende imponer límites rígidos. En contextos autoritarios, donde la comunicación es una práctica de riesgo y disputa, las categorías tienden a entremezclarse. De ahí la importancia de concebir al ecosistema como una trama viva de prácticas comunicativas que, aun desde orígenes diversos, se entrelazan en su propósito común de resistir, informar y construir horizontes alternativos.

2. Articulación teórico-metodológica: *habitus*, ecosistema y mediaciones

Este trabajo adopta una perspectiva cualitativa centrada en el análisis documental de fuentes primarias y entrevistas semiestructuradas, con el objetivo de reconstruir las dinámicas del ecosistema comunicativo subterráneo durante la dictadura chilena e identificar las estrategias comunicativas de resistencia que impactaron en la percepción y organización social. Teóricamente, la propuesta metodológica central de este artículo consiste en articular tres marcos teóricos que, provenientes de tradiciones epistemológicas distintas, resultan complementarios cuando se conciben como herramientas analíticas situadas en distintos niveles de observación. Esta síntesis triádica permite capturar simultáneamente las estructuras de poder, las dinámicas sistémicas y las mediaciones culturales que operaron en el ecosistema comunicativo de resistencia durante la dictadura chilena.

La ecología de medios de Scolari (2015) concibe la comunicación como un entorno relacional y dinámico donde medios, lenguajes y actores coexisten, compiten y se adaptan mutuamente. Este enfoque sistémico permite mapear las interacciones entre dispositivos, prácticas y agentes dentro de un ecosistema interdependiente, no lineal, que opera bajo condiciones de restricción, cooperación, competencia y mutación constante. Por su parte, la teoría de las mediaciones culturales de Martín-Barbero (2003) aporta el concepto clave que permite comprender cómo los sentidos circulan, son apropiados y resignificados en prácticas sociales situadas. Las mediaciones funcionan como espacios de traducción entre la producción comunicativa y los contextos socioculturales de recepción, atendiendo a las matrices culturales, las ritualidades y los usos sociales de los medios. Finalmente, el concepto de *habitus* periodístico de Pierre Bourdieu (2005), inscrito en una epistemología crítica, se entiende como el conjunto de disposiciones internalizadas que estructuran las prácticas de los agentes del campo periodístico. Este enfoque permite

analizar cómo periodistas y comunicadores adaptaron sus rutinas frente a la censura, la represión y el exilio, y cómo su socialización profesional y sus vínculos políticos modelaron las prácticas interpretativas de lo real. Complementariamente, la teoría de los campos problematiza las relaciones de poder y las estructuras de dominación simbólica, ofreciendo una lectura estructural de las posiciones, capitales y luchas dentro del campo periodístico bajo autoritarismo.

La novedad de esta propuesta radica en que el concepto de mediaciones de Martín-Barbero funciona como bisagra teórica que posibilita la integración de los otros dos marcos. Las mediaciones culturales permiten comprender cómo la porosidad del ecosistema comunicativo —concepto que emerge de la perspectiva sistémica de Scolari— genera condiciones para que el *habitus* periodístico —analizado desde Bourdieu— se transforme de manera más acelerada en contextos de represión. En condiciones normales, el *habitus* se modifica lentamente porque el campo periodístico opera con cierta autonomía

relativa y estabilidad institucional. Sin embargo, durante la dictadura chilena, la represión, la censura, el exilio y la clandestinidad generaron una porosidad extrema en las fronteras del campo periodístico. Esta porosidad implicó que agentes provenientes de la militancia política, la educación popular, las comunidades eclesiales de base y los movimientos sociales ingresaran al espacio de producción comunicativa, llevando consigo lógicas, saberes y prácticas ajenas al campo periodístico tradicional.

Esta interpenetración de campos —posibilitada por la estructura reticular y adaptativa del ecosistema alternativo— aceleró la transformación del *habitus* profesional. Los periodistas no solo adaptaron sus rutinas productivas, sino que incorporaron nuevas disposiciones: la comunicación como acción política directa, la contrainformación como deber ético, la precariedad tecnológica como oportunidad creativa, y la solidaridad transnacional como estrategia de sostenibilidad. Las mediaciones culturales permiten observar cómo estas nuevas disposiciones

no operaban de manera homogénea, sino que eran apropiadas y resignificadas según los contextos territoriales, las identidades colectivas y las matrices culturales de cada comunidad. Así, mientras un boletín sindical mediaba desde la cultura obrera, una publicación cristiana como *Solidaridad* lo hacía desde la matriz de la teología de la liberación, y una radio clandestina operaba desde códigos militantes.

Lejos de ser excluyentes, los marcos de Bourdieu y Scolari se integran en una lectura multiescalar donde el enfoque de Bourdieu ilumina las condiciones de producción simbólica, las relaciones de poder en juego y las disposiciones históricamente constituidas de los agentes frente al capital simbólico, permitiendo comprender cómo el *habitus* profesional se configuró bajo censura y qué estrategias desplegaron los periodistas para mantener legitimidad en un campo precarizado. Simultáneamente, el enfoque de Scolari permite comprender la lógica sistémica, reticular y emergente de los medios alternativos en dictadura, posibilitando observar cómo

agentes, prácticas y productos se conectaban entre sí formando una red adaptativa de resistencia, donde cada nodo operaba con cierta autonomía pero en interdependencia con el resto del ecosistema. Las mediaciones de Martín-Barbero conectan ambos niveles al mostrar que las estructuras del campo y las dinámicas del ecosistema solo pueden comprenderse atendiendo a los procesos culturales situados mediante los cuales los actores sociales se apropiaban, resignificaban y ponían en circulación los contenidos producidos. En síntesis, esta articulación teórica triádica permite analizar las estructuras de dominación y las disposiciones profesionales desde Bourdieu, las dinámicas relacionales, adaptativas y emergentes del ecosistema desde Scolari, y los procesos de apropiación cultural y circulación situada de sentidos desde Martín-Barbero.

Esta integración teórica se operacionaliza mediante el análisis de dos tipos de medios que ejemplifican la complementariedad propuesta. Por un lado, revistas como *Mensaje*, *Hoy* o *Análisis*, donde el concepto de *habitus*

periodístico permite analizar cómo profesionales con trayectoria adaptaron sus rutinas y formas de producción bajo censura, manteniendo ciertas convenciones del campo pero negociando constantemente con los límites impuestos por el régimen. Por otro lado, boletines clandestinos como ANChA, El Siglo, El Rebelde o El Rodriguista, radios como Radio Chilena o Radio Liberación, panfletos y publicaciones cristianas como *Solidaridad*, donde la noción de ecosistema comunicativo subterráneo permite entender cómo agentes diversos —con distintos capitales, trayectorias y posicionamientos— se conectaban formando una red adaptativa de resistencia.

A partir del corpus de fuentes primarias que incluye boletines, panfletos, revistas opositoras y programas radiales, se definieron categorías de análisis que permiten observar las dimensiones simbólicas, tecnológicas y culturales del ecosistema:

Tabla 1. Categorías analíticas del ecosistema de comunicación alternativa bajo la dictadura militar chilena

Categoría analítica	Descripción	Fuente principal	Función dentro del ecosistema
Resistencia simbólica	Estrategias discursivas y materiales que disputaban la hegemonía del relato dictatorial mediante narrativas contrahegemónicas.	Boletines, panfletos, afiches, editoriales.	Disputa del sentido, legitimación de la oposición.
Apropiación tecnológica	Uso creativo de tecnologías precarias para producir y circular contenidos alternativos.	Instructivos mimeográficos, testimonios, Radio Liberación.	Innovación mediática, sostenibilidad operativa bajo clandestinidad.
Redes de solidaridad	Vínculos entre actores locales e internacionales que permitieron sostener material y simbólicamente la comunicación alternativa.	Entrevistas, ANChA, AIR, Vicaría de la Solidaridad.	Circulación transnacional, apoyo logístico y político.
Construcción identitarian	Producción de discursos que reforzaban identidades colectivas situadas (clase, género, fe, territorio).	Boletines populares, prensa sindical, prensa cristiana.	Cohesión social, articulación comunitaria.
Contrainformación	Producción sistemática de información alternativa que desmentía la versión oficial y documentaba violaciones a derechos humanos.	Radios clandestinas, boletines, testimonios, volantes.	Generación de relato alternativo, denuncia pública.
Desobediencia comunicativa	Prácticas informativas que operaban deliberadamente fuera del marco legal del régimen.	Emisoras alternativas, medios estudiantiles, prensa barrial.	Ejercicio del derecho a informar, acción política directa.
Mediaciones culturales	Formas situadas en que los públicos resignificaban los contenidos desde sus contextos socioculturales y matrices identitarias.	Entrevistas, análisis de recepción, formatos adaptados.	Enraizamiento territorial, eficacia comunicativa.

Fuente: Elaboración propia.

Se incorporaron entrevistas semiestructuradas a periodistas militantes y educadores populares que participaron activamente en la producción de medios alternativos durante la dictadura. La elección de estos actores clave obedece a su rol central en la articulación entre el campo periodístico formal y el ecosistema comunicativo subterráneo. La pauta de entrevistas fue diseñada para profundizar en las prácticas periodísticas concretas desarrolladas bajo censura, represión y precariedad material, la toma de decisiones editoriales y el uso de estrategias discursivas de evasión o confrontación, el vínculo con las fuentes, la organización de las redacciones y las redes de distribución clandestina, así como las estrategias de resistencia comunicacional y los aprendizajes situados que emergieron de la práctica.

Las entrevistas fueron concebidas no solo como insumo testimonial, sino como herramienta metodológica orientada a visibilizar saberes profesionales que muchas veces no aparecen en fuentes documentales, pero que resultan clave para comprender las mediaciones entre el campo periodístico, las condiciones sociales de producción y el

ecosistema comunicativo subterráneo. Las preguntas se estructuraron en función de ejes temáticos vinculados al *habitus* profesional, la censura, la relación con las fuentes, la organización de las redacciones y las estrategias de resistencia comunicacional. Las entrevistas a María Olivia Mönckeberg y Luis Corvalán, entre otras, permitieron explorar cómo los periodistas negociaban su rol público en un entorno autoritario, cómo organizaban las rutinas productivas en medios opositores y cómo construían redes colaborativas entre medios y actores sociales. Estas experiencias, al ser analizadas desde una perspectiva crítica y situada, aportan una comprensión más densa del ecosistema, al integrar las condiciones estructurales del campo con las prácticas cotidianas de producción simbólica y las apropiaciones culturales situadas.

Esta estrategia metodológica multiescalar combina el análisis documental de fuentes primarias con entrevistas semiestructuradas para reconstruir las lógicas de funcionamiento del ecosistema comunicativo subterráneo

durante la dictadura chilena. La articulación de marcos teóricos diversos —la ecología de medios, las mediaciones culturales y el *habitus* periodístico— permite una lectura compleja de las prácticas comunicativas de resistencia, entendidas no solo como respuesta técnica al cerco mediático, sino como procesos culturales, ético-políticos y colaborativos que transformaron las disposiciones profesionales del campo periodístico mediante la porosidad sistémica del ecosistema alternativo. Este enfoque relacional permite iluminar simultáneamente las estructuras de dominación, las formas de agencia desplegadas desde los márgenes del sistema y los procesos de apropiación cultural que dotaron de sentido y eficacia a las estrategias de resistencia comunicacional.

3. El colapso del sistema mediático tradicional y la emergencia de la clandestinidad (1973–76)

La irrupción del golpe de Estado de 1973 marcó el inicio de una política sistemática de desmantelamiento del sistema mediático

chileno. La Junta Militar, mediante bando y decretos, clausuró de inmediato diarios emblemáticos de la izquierda chilena como *El Siglo*, *Puro Chile*, *Las Noticias de Última Hora*, *Clarín* y *Punto Final*, ocupó redacciones y detuvo a periodistas, instaurando un clima de terror y censura total (Baltra Montaner, 1988; Carmona, 1997).

Paralelamente, las emisoras de izquierda o simpatizantes de la Unidad Popular como Radio Magallanes, Candelaria, Portales, entre otras, fueron cerradas y la televisión quedó bajo el control militar directo (Rivera Aravena, 2008). La Oficina de Censura de Prensa y, posteriormente, la Dirección Nacional de Comunicación Social (DINACOS), se encargaron de vigilar y sancionar cualquier contenido que escapara a la narrativa oficialista, mientras la nueva legislación restringía severamente la libertad de prensa y la circulación de publicaciones. DINACOS se originó durante el gobierno de Salvador Allende, a través de la Oficina de Información y Radiodifusión de la Presidencia (OIR). Bajo la dictadura de Pinochet, esta oficina fue

ampliada y reorganizada, pasando a depender de la Secretaría General de Gobierno, pero independiente de la Dirección de Información de Gobierno (DIG), estructurándose en dos divisiones: una encargada del monitoreo de medios y otra de la producción de información (Tamayo Grez, 2007: 11–20).

En 1974 comenzaron a circular boletines mimeografiados, panfletos, volantes y afiches confeccionados con recursos precarios y distribuidos de manera clandestina, que buscaban informar, resistir, denunciar violaciones a los derechos humanos y mantener viva la memoria colectiva (Rivera Aravena, 2017). Las condiciones materiales de la comunicación clandestina eran extremadamente adversas: la escasez de papel, tinta y equipos de impresión obligaba a reutilizar materiales y a desarrollar estrategias de innovación constante (Vico, 2013: 86–96). Los mimeógrafos manuales y eléctricos, conocidos como «planígrafos» o «mimeógrafos vietnamitas», se transformaron en herramientas esenciales para la resistencia, permitiendo la producción de boletines y

volantes en tirajes limitados pero de gran impacto simbólico y político. Muchos de estos boletines incluían instructivos en materia de propaganda. *El Rebelde*, de hecho, contenía un apartado titulado «Las armas del pueblo», de carácter pedagógico, destinado a difundir pequeños manuales sobre cómo construir herramientas de impresión como mimeógrafos, hectógrafos, serigrafías (silk-screen) o plantillas para rayados, con el objetivo de que cualquier persona pudiera colaborar en la difusión de los contenidos de la resistencia. En ocasiones, también se publicaban concursos literarios que incentivaban la participación creativa y colectiva. Las redes internacionales contribuyeron, por una parte, a publicitar estas publicaciones en el exterior y, por otra, con apoyo económico que permitió fortalecer y expandir la prensa de resistencia (ANChA, 1978: 3–9).

Frente al aislamiento impuesto por la dictadura, comenzaron a tejerse las primeras redes de solidaridad, tanto a nivel nacional como internacional. Organizaciones como la Agencia Noticiosa Chilena Antifascista

(ANChA), conformada por el Frente del Pueblo en el Exterior —una red internacional de solidaridad contra la dictadura, con presencia en países como Bélgica, Francia, Suecia, Inglaterra, Holanda, Alemania, Estados Unidos, Canadá y México— y el Partido Comunista Revolucionario (1976: 2); y la Agencia Informativa de la Resistencia (AIR), liderada por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y por periodistas vinculados al Movimiento de Resistencia Popular en México, permitieron que la información sobre la represión y las luchas en Chile circulara en boletines y programas radiales fuera de las fronteras, movilizando el apoyo de comunidades de exiliados, periodistas y organismos internacionales de derechos humanos.

Estas redes no solo facilitaron la difusión de denuncias y testimonios, sino que también articularon campañas de solidaridad que fortalecieron la resistencia interna y contribuyeron a mantener viva la esperanza de un futuro democrático. El objetivo del boletín ANChA, por ejemplo, era cubrir y

proyectar la resistencia chilena a partir de la información enviada por distintos comités, convirtiéndose así en un espacio inclusivo para todas las organizaciones antifascistas: Partido Socialista, Partido Comunista de Chile, MAPU, MIR, Radicales, Izquierda Cristiana y la Juventud Radical Revolucionaria. Con el tiempo, el boletín también incorporó noticias y análisis sobre luchas populares latinoamericanas, ampliando su horizonte político y geográfico. ANChA alcanzó un tiraje de 5.000 ejemplares mensuales, publicados en castellano, francés e inglés, y distribuidos en más de cincuenta países, entre ellos Japón, Australia, Nueva Zelanda, Irán, Turquía, Estados Unidos, Canadá y Albania, entre otros. Mantenía, además, un contacto directo con medios no oficiales de comunicación: reproducía sus noticias y, al mismo tiempo, nutría de información a la prensa clandestina, popular y alternativa, tanto dentro como fuera de Chile. Su impacto fue tal que incluso la revista de contingencia oficialista *Qué Pasa*, en su número 323 de julio del 77, la citó como fuente internacional (ANChA, 1977: 2).

La legitimidad de estas agencias noticiosas fue respaldada por organizaciones internacionales de prensa, como la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), fundada en 1976, que constituye un ejemplo significativo de cómo las redes de solidaridad internacional se articularon para enfrentar la represión y la censura en América Latina. En diciembre de 1980, durante el Segundo Encuentro de Periodistas del Área Andina, celebrado en Quito, Ecuador, la FELAP aprobó por unanimidad una resolución que reconocía el rol de la Agencia Informativa de la Resistencia (AIR) en la difusión de información alternativa frente a la dictadura chilena (1981). La FELAP funcionó como un espacio de coordinación entre periodistas exiliados, militantes y organizaciones democráticas, permitiendo denunciar las violaciones a los derechos humanos perpetradas por regímenes autoritarios como el de Pinochet en Chile. A través de encuentros, resoluciones y publicaciones, fortaleció los vínculos entre la prensa de base y los medios alternativos, proyectando

la causa chilena —y otras luchas democráticas— en el ámbito internacional (Red Voltaire, 2006).

En suma, entre 1973 y 1976, la combinación de represión estatal, exilio, control mediático y censura generó un colapso del sistema tradicional de prensa, pero también propició la emergencia de un ecosistema comunicativo subterráneo. Este entramado de boletines, panfletos, rumores y redes solidarias sentó las bases para la posterior consolidación de medios clandestinos, disidentes y populares, que serían decisivos en la resistencia a la dictadura.

4. Consolidación y diversificación de los ecosistemas subterráneos

Desde el golpe de Estado de 1973 hasta 1975, comenzó a gestarse un sistema comunicativo subterráneo impulsado por los sectores políticos proscritos y por la Iglesia Católica, institución clave en la promoción y respaldo de estas iniciativas. Las instituciones eclesiásticas pusieron a disposición de la población sus

recursos comunicacionales —tanto técnicos como humanos—, ofreciendo información, contención y espacios relativamente seguros para periodistas y comunicadores sociales perseguidos. Al mismo tiempo, los partidos políticos de oposición comenzaron a construir redes informativas, tanto a nivel nacional como internacional, destinadas a visibilizar la represión y sostener la resistencia popular dentro y fuera del país. De forma más paulatina, diversas organizaciones no gubernamentales se fueron sumando a esta cruzada informativa, aportando con sus propios canales de difusión y redes de contacto.

Las difíciles condiciones de acceso a la información, producto de la represión y la censura, impulsaron —de manera más consciente o inconsciente— formas de trabajo colectivo y colaborativo. Resulta especialmente interesante constatar cómo periodistas, comunicólogos e intelectuales compartieron múltiples espacios de acción, solapando sus roles a partir de la militancia o de su vinculación con distintas organizaciones sociales

antidictatoriales. Esta dinámica se expresa en el testimonio de la periodista y editora general de la revista de oposición *Análisis* (1977–1993), María Olivia Mönckeberg, quien señala que las rutinas o prácticas periodísticas se vieron profundamente afectadas, pues ya no era posible acceder a las fuentes como se hacía regularmente. Sin embargo, el hecho de participar en distintos frentes de resistencia permitía obtener información desde adentro y sostener el ejercicio periodístico en contextos de alta represión (2024). Esta confluencia de actores y saberes permitió configurar un canal de circulación de información en el que todos eran, al mismo tiempo, periodistas y fuentes, borrando las fronteras tradicionales entre emisores y receptores, y consolidando así una red colaborativa de resistencia informativa. Estas iniciativas sentaron las bases para que, durante la segunda mitad de los años setenta y los primeros años de los ochenta, el ecosistema comunicativo subterráneo se expandiera y diversificara notablemente, articulando una red dinámica de resistencia informativa capaz de sortear la censura y

consolidar espacios alternativos de circulación de ideas y organización social.

4.1 Expansión de la prensa política clandestina

En este periodo, la prensa política clandestina se consolidó como un subsistema esencial de la resistencia, articulada por partidos proscritos y militantes perseguidos que desarrollaron boletines y periódicos distribuidos en todo el país. Publicaciones como *El Siglo* (PCCh), *El Rebelde* (MIR), *Vanguardia* (Frente de la Resistencia Cultural), *Resistencia* (Frente del Pueblo), *Revolución* (PS-CNR), *Venceremos* (MAPU), *Combatiente* (Izquierda Cristiana), *El Estudiante* (Órgano Oficial del Frente Universitario Antifascista de la Universidad de Concepción), *Telón Rojo* (Artistas de la Resistencia), entre otras (ANChA, 1978: 3); denunciaban violaciones sistemáticas a los derechos humanos y convocaban a la unidad popular, como el conocido llamado del MIR en 1975 a superar el sectarismo partidario y conformar un Frente Político de la Resistencia que organizara la lucha desde abajo (Anónimo, 1975). Al mismo tiempo, la

propaganda armada se sumó como herramienta de denuncia simbólica y política: en marzo de 1979 circuló un volante que reivindicaba la colocación de una bomba de ruido en la casa de Arturo Fontaine, editor de *El Mercurio*, acusándolo de complicidad con la dictadura. El texto del volante señalaba directamente la responsabilidad del periódico en la legitimación de la represión y recordaba crímenes como el asesinato de Orlando Letelier, exministro del gobierno de Allende, asesinado en 1976 en Washington D.C. por agentes de la dictadura (Anónimo, 1979). Estas acciones buscaban desenmascarar ante la opinión pública los vínculos entre la prensa oficialista y el aparato represivo, visibilizando la colaboración activa en la consolidación del régimen.

La precariedad de recursos impulsó la innovación: se reutilizaban materiales, se usaban mimeógrafos «vietnamitas» y se articulaban redes de financiamiento desde el exilio mediante suscripciones (ANChA, 1978). Para sortear la censura y el riesgo, se consolidaron dos modalidades de distribución: la directa

o «mano a mano», que implicaba venta y discusión entre compañeros de trabajo, vecinos o estudiantes, fortaleciendo la organización antifascista; y la indirecta, que dejaba publicaciones en espacios públicos, facilitando una difusión más anónima. Mientras tanto, boletines internacionales circularon por correo, y agencias como ANChA (Francia) y AIR (México) tradujeron y difundieron esta prensa al exterior, ampliando redes de denuncia y solidaridad internacional (Rivera Aravena, 2017: 234–235).

A pesar de su circulación intermitente y de las limitaciones materiales, los boletines y pasquines clandestinos se consolidaron como instrumentos estratégicos de comunicación política en la clandestinidad, configurándose en medios eficaces de contrainformación y en un desafío sostenido para los aparatos represivos del Estado.

Si bien su estructura podía ser variable, tendía a articularse en secciones relativamente estables —editorial, cartas de lectores, notas informativas nacionales e internacionales

y declaraciones oficiales— que respondían a criterios políticos definidos. La producción de estos contenidos no era meramente espontánea ni improvisada: los comités de resistencia contaban con talleres de propaganda encargados de planificar las líneas editoriales, jerarquizar la información y garantizar su coherencia con la estrategia política general e imprimir (*El Rebelde*, 1975: 34; ANChA, 1978: 9). Un ejemplo fue el Comité de Periodistas de la Resistencia «Augusto Olivares», encargado, además, de unificar y coordinar la lucha de los periodistas por una democracia que respete «la plena libertad de prensa y todos los derechos del pueblo» (*El Rebelde*, 1983: 9).

El trabajo periodístico clandestino descansaba en una red descentralizada de corresponsales —militantes activos en la resistencia— que desempeñaban un papel clave como productores de información local. Su valor no radicaba en el dominio técnico del oficio periodístico, sino en su inserción territorial y su conocimiento minucioso de las dinámicas locales. El corresponsal debía

informarse sistemáticamente sobre lo que ocurría en su espacio de residencia o trabajo y remitir reportes de manera regular a la unidad de prensa (El Rebelde, 1977: 9).

Esta tarea implicaba no solo describir hechos, sino analizarlos críticamente en relación con el escenario nacional. Entre sus focos prioritarios se encontraban las formas de represión ejercidas por la burguesía y sus aparatos especiales (reuniones y operativos de la DINA, SICAR, SIN), así como las detenciones, el control sindical y vecinal, la represión en lugares de trabajo y vivienda, la detección de informantes y el seguimiento de actividades populares, como protestas, reuniones comunitarias y acciones impulsadas por partidos u organizaciones de izquierda.

En este sentido, la prensa clandestina no solo funcionaba como canal de difusión, sino como dispositivo de articulación política y cultural, orientado a socializar diagnósticos sobre la represión y la lucha popular, consolidar una memoria compartida y fortalecer

la cohesión estratégica de la resistencia (ANChA, 1979: 4).

Los medios oficialistas los calificaron como «prensa extremista», debido a su contenido opositor y su capacidad de movilización social. El 30 de diciembre de 1977, El Mercurio destacó en sus páginas: «La consulta Nacional ha hecho aflorar numerosos comunicados, panfletos, declaraciones y volantes [...] estos panfletos clandestinos circulan en profusión por las calles [...]» (El Mercurio, 1977). El periódico reprodujo extractos de publicaciones clandestinas asociadas al Partido Socialista, la Unión Socialista Popular, El Pueblo del Partido Comunista Revolucionario de Chile, el MIR y el Partido Radical, evidenciando el alcance y la diversidad de estas iniciativas en su lucha contra la dictadura.

4.2 Papel de las radios clandestinas

Las radios clandestinas y alternativas emergieron como mecanismos esenciales de resistencia. Sus mensajes eran pensados para grupos políticos en la clandestinidad o en el exilio. Como señala Luis Zaragoza

Fernández (2007), las emisoras representaban un medio militante y combativo que desafiaba el monopolio comunicativo del régimen. Además de las acciones de propaganda e informativo, las emisoras también optaron por intervenir señales comerciales con la finalidad de difundir mensajes de denuncia, llamados a la acción o consignas políticas (Zaragoza Fernández, 2007: 23).

Experiencias pioneras como Radio Liberación, a cargo de la brigada Arcadia Flores del MIR, transmitían mensajes grabados, coordinaban la movilización social y desafiaban el monopolio informativo del régimen. Al inicio, la emisora empleó pequeños transmisores para interferir señales oficiales y emitir mensajes breves, generalmente de menos de cinco minutos, con el fin de evitar la localización por parte de los equipos técnicos del régimen (Comité Central, 1983: 4). Al cabo de dos años, el equipo técnico—integrado por ingenieros, electricistas y obreros militantes—logró innovar en la transmisión en frecuencia modulada (107.5

FM), lo que amplió el alcance y la audiencia, aunque también aumentó el riesgo de detección (1983: 5).

El nombre de la brigada evocaba a Arcadia Patricia Flores Pérez, militante del MIR y estudiante de periodismo de la Universidad de Chile, asesinada por la CNI el 16 de agosto de 1981. Fundadora de la propia Radio Liberación y editora del periódico *El Miliciano*, Flores se destacó en las labores de agitación y propaganda no tradicionales del partido, incluyendo acciones como el copiamiento simbólico de Radio Portales, uno de los principales medios del país. Su figura se convirtió en emblema de la comunicación insurgente, en tanto articulaba la práctica militante con el uso estratégico de los medios. Así lo reconoció el boletín *El Rebelde* en su número 210 (1984), al recordar su compromiso, creatividad y capacidad organizativa en un contexto de fuerte represión.

Las emisiones, cuidadosamente planificadas, se realizaban los miércoles entre las 20:30 y 20:45 horas, en horario estelar, y contaban

con la voz de Fernando Vergara, encargado de comunicaciones del MIR. A partir del 6 de junio de 1984, el programa se adelantó una hora, transmitiéndose siempre los miércoles, en horario estelar entre las 20:30 y las 20:45, en el 107.5 FM, junto a Radio Sintonía (Brigada Arcadia: p. 8). Con el tiempo, la emisora expandió su presencia a Valparaíso y Concepción, consolidándose como un canal clave de comunicación clandestina durante la dictadura.

Durante la dictadura también se desarrollaron sofisticadas acciones de interferencia en radios comerciales y canales de televisión, eligiendo estratégicamente momentos de alta audiencia para amplificar su impacto (Bresnahan, 2002: 172). Un caso emblemático fue el Mundial de Fútbol de 1982, cuando «nuestro trabajo fue arduo, pues necesitábamos cubrir esa enorme audiencia que nos entregaba un evento de tal magnitud» (Brigada Arcadia, 1982: 4). Estas intervenciones no solo desafiaban al régimen, sino que también sorprendían a la población, que «pensaban en interferencias al satélite,

desconociendo, en su asombro, que pudiera existir en nuestro país tecnología y militantes concretos capaces de producir esas interferencias» (Brigada Arcadia, 1982: 4). Así, la irrupción mediática se transformó en un acto simbólico de resistencia y en una eficaz herramienta de comunicación política.

Además, la articulación con radios internacionales como Radio Moscú, a través de los programas «Chile Escucha» y «Radio Magallanes», y Radio Praga Internacional, con «Chile Escucha y Advierte» y «La Voz de la Resistencia Chilena», entre otras, permitió romper el cerco informativo y fortalecer la solidaridad transnacional gracias a una articulación internacional entre militantes, periodistas y técnicos chilenos, quienes adaptaron sus mensajes a las coyunturas políticas y a las posibilidades tecnológicas de cada país de acogida (Palieraki, 2018; Corvalán Castillo, 1989).

Los programas, como «Chile Escucha» y «La Voz de la Resistencia Chilena», se grababan en estudios cedidos por emisoras solidarias,

cuidando la seguridad y el anonimato de sus participantes, mayoritariamente militantes del PCCh, PS y MIR.

El periodista comunista José Luis Córdova, quien se desempeñó como corresponsal en la Agencia de Noticias Checa (ČTK) y en el programa radial *Chile Escucha y Advierte*, señala que desde las redes de resistencia antifascistas se desarrollaron ingeniosas estrategias para recolectar y transmitir información, como el uso de valijas diplomáticas, microfilms y mensajes transportados por «correos vivos». Sin embargo, la vía más frecuente en el intercambio de información fue el télex (Córdova, 2011). Este se consolidó como un canal estratégico para sortear la censura oficial: su rapidez y alcance internacional permitían difundir casi instantáneamente denuncias y reportes sobre violaciones a los derechos humanos, evitando el control postal directo. Aunque podía ser monitoreado, el alto volumen de tráfico y el uso compartido por redes diplomáticas o comerciales ofrecían una relativa seguridad operativa frente a la vigilancia estatal. Además, correspondía a

una infraestructura ya instalada y ampliamente utilizada por agencias de noticias, consulados y empresas, lo que facilitaba su acceso y reducía los filtros de control. Por ello, se convirtió en un recurso clave para la circulación de información crítica hacia el exterior, como recuerda el periodista y corresponsal de la revista *Hoy*, Ascanio Cavallo (Cavallo, 2024). De igual forma, se trabajó de manera colaborativa con instituciones de derechos humanos como la Vicaría de la Solidaridad, la cual jugó un papel crucial en el intercambio de datos de primera mano sobre violaciones a los derechos humanos (Córdova, 2011).

Los contenidos, enviados en español vía télex, incluían información oficial y diplomática, así como reportes de la resistencia, que eran redistribuidos a emisoras como Radio Praga y Radio Moscú. Esta coordinación, recuerda José Luis Córdova, era estricta y permitía que los medios internacionales accedieran a una amplia diversidad de fuentes: «Desde Moscú, esperaban constantemente los reportes que llegaban desde Praga por medio

del télex» (Córdova, 2011). La relación entre las emisoras y la agencia era tan estrecha que, cuando los periodistas de Radio Moscú salían de vacaciones en junio, julio y agosto, eran reemplazados por sus colegas de Radio Praga y viceversa. Esta práctica también se aplicó a Radio Sofía y la Radio de la Alemania Democrática (Córdova, 2011).

La ČTK no solo difundió noticias sobre Chile, sino que también promovió acciones de solidaridad internacional, visibilizando la represión y articulando redes de apoyo. La agencia funcionaba como punto de encuentro entre dirigentes exiliados y periodistas europeos, facilitando la reproducción y circulación de información verificada sobre la situación chilena, incluso durante los recesos de otras emisoras. Gracias a su infraestructura tecnológica, la agencia podía captar transmisiones emitidas desde Chile, como las de Radio Chilena, lo que permitía recolectar información que luego se redistribuía en radios clandestinas y boletines políticos. Según recuerda Claudio de Negri, quien coordinaba la producción de El

Siglo y pasquines como El Rodriguista, esta capacidad técnica fue clave para sostener la circulación de información en condiciones de censura y represión (2011).

4.3 Emergencia de medios populares y cristianos

Parroquias, ONG y organizaciones barriales impulsaron la creación de medios populares y cristianos, especialmente a partir de 1977, gracias, por una parte, al incremento de fondos internacionales y la diversificación de organizaciones donantes, y, por otra, al apoyo y contención de la Iglesia a través de sus vicarías, parroquias y comunidades cristianas de base. Hacia 1985, señala Bastías, en Chile operaban 475 organizaciones no gubernamentales que abordaban temas como derechos humanos, género, minorías étnicas y comunicación, entre otros, promoviendo activamente la participación ciudadana y articulando redes de solidaridad entre distintos actores sociales.

Estas organizaciones impulsaron la producción de boletines, revistas y programas

radiales que buscaban fortalecer el tejido comunitario y difundir información alternativa a la narrativa oficial. En este contexto, el financiamiento internacional no solo permitió capacitar líderes comunitarios y brindar asistencia técnica a sectores empobrecidos, sino que también fortaleció las redes de colaboración entre ONG, Iglesia y centros de investigación como FLACSO, SUR, ILET, CEREN y CIDE, entre otros, promoviendo la educación popular como una herramienta estratégica de empoderamiento y transformación social (Bastías, 2013).

En junio de 1984, la ONG Educación y Comunicación (ECO) llevó a cabo el primer Encuentro de Prensa Popular en Santiago. Entre los participantes se contabilizaron 117 boletines populares, siete boletines informativos elaborados por instituciones profesionales y diez órganos de prensa eclesiales católicos dirigidos a sectores populares (ver gráfico 1). El sociólogo Fernando Ossandón, fundador y encargado de la línea de comunicación popular de ECO, constató que el desarrollo de esta prensa siguió una

trayectoria singular: surge inicialmente en el seno de agrupaciones culturales universitarias —como las revistas *Blanco* y *Expresiones*, ambas vinculadas a estudiantes de la Pontificia Universidad Católica (1975)— y a través de boletines eclesiales (ver gráfico 2). Con el tiempo, comenzaron a multiplicarse otras formas de prensa alternativa, entre las que destacaron la prensa cultural-académica y la prensa poblacional. Esta última, en un principio asociada a grupos juveniles y cristianos parroquiales, posteriormente se expandió hacia boletines elaborados por organizaciones de base. El período de mayor desarrollo se concentró entre 1981 y 1983, en un contexto de apertura del espacio público (ECO, 1984).

En este marco, la prensa universitaria-cultural adquirió un protagonismo creciente, expresando las nacientes formas de organización y participación del estudiantado a través de iniciativas editoriales diversas. Surgieron boletines vinculados a actividades artísticas y culturales, como *Letras*, del Departamento de Literatura en Castellano de

la Universidad de Chile; Pirka y Taller, emanados de los talleres literarios de Ingeniería y Medicina Norte, respectivamente; y ACU Macul, editada por la Asociación Cultural Universitaria de ese campus. Al mismo tiempo, comenzaron a circular publicaciones producidas por grupos con orientación más directamente política que operaban dentro del mundo universitario. A medida que se multiplicaron los comités académicos, emergió la Agrupación Cultural Universitaria (ACU), cuya acción se extendió rápidamente a distintas casas de estudio, promoviendo talleres, festivales de música y teatro como parte de una intensa vida cultural organizada desde abajo (Munizaga, 1981: 10). Desde 1980, además, comenzaron a aparecer revistas culturales gestionadas por artistas, entre las cuales *La Bicicleta* se consolidó como una de las más emblemáticas.

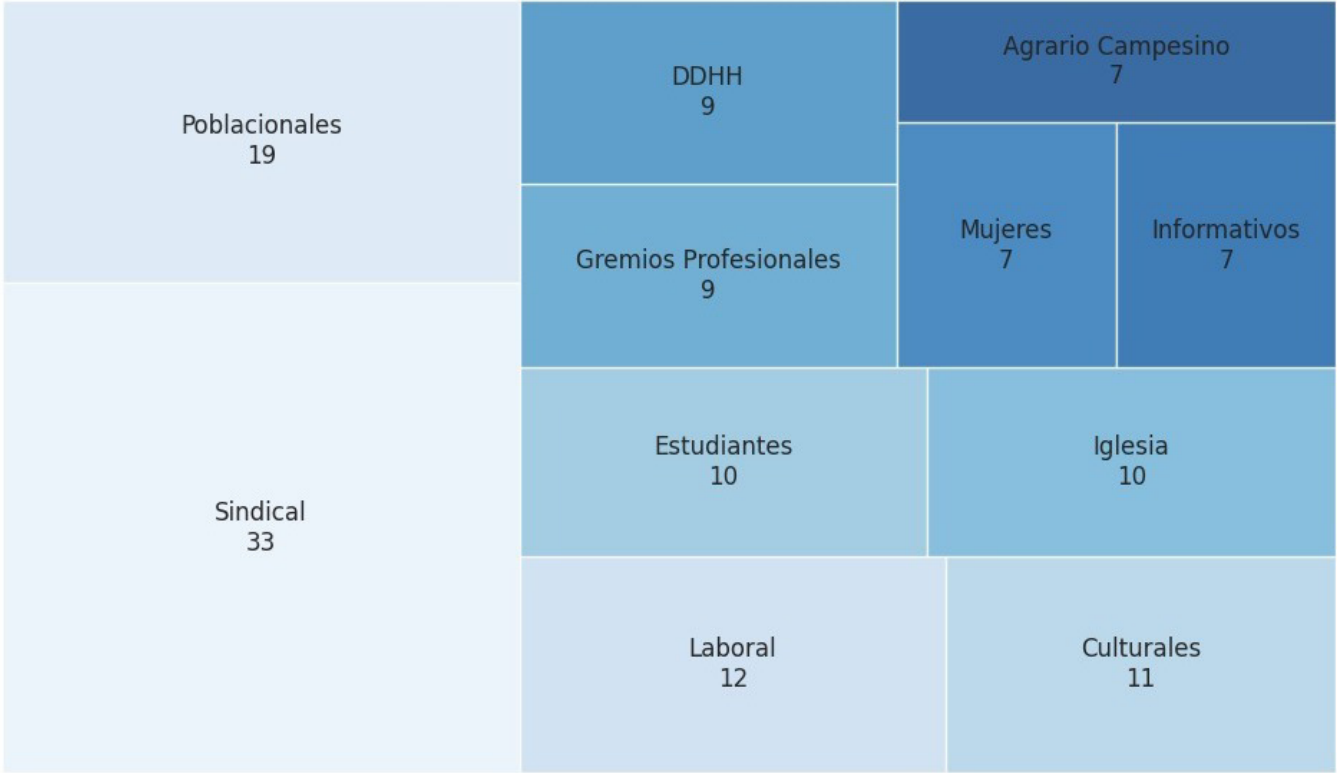
El registro revela una prensa altamente diversificada, que surge en torno a la articulación de actores sociales con intereses específicos que pueden agruparse en: sindical-laboral, derechos humanos, mujeres, cultural,

poblacional, agrario-campesino, gremios profesionales y estudiantil universitario (ver gráfico 1). En el ámbito laboral, los primeros boletines surgieron desde espacios promovidos por decanatos y vicarías eclesiales, los cuales impulsaron la reagrupación de trabajadores sindicalizados en un contexto de represión y dispersión organizativa.

Radio Chilena, en esa línea, fue pionera al emitir el programa *Chile Laboral*, concebido como un espacio desde donde los propios trabajadores podían narrar sus experiencias y luchas (Laulié y Portales, 1983: 108–109). Tras el cierre del programa en 1978 por razones oficialmente económicas, el boletín *Solidaridad* asumió parcialmente ese rol, brindando un espacio al mundo del trabajo, aunque de manera esporádica y siempre desde una perspectiva cristiana. La implementación del Plan Laboral de 1980 y la posterior revitalización de las organizaciones sindicales generaron un aumento sostenido en la producción de boletines informativos, especialmente en contextos de negociación colectiva o confrontación con empleadores.

En este marco, se entendía la prensa sindical como un mecanismo destinado a mantener «la presencia de la entidad laboral en todo momento», funcionando como puente de enlace entre sus miembros y como aglutinador identitario en torno a la organización. No resulta extraño, por tanto, que la prensa sindical haya destacado por su volumen — con un total de 45 boletines— frente a otros sectores con una distribución más equilibrada. Esta fortaleza se explica, en parte, por una trayectoria histórica previa que dotó al sindicalismo de una cultura escrita sólida, marcada por un ideario ilustrado en el que la escritura ocupó un lugar central como herramienta de formación, expresión y diferenciación frente a otros sectores sociales.

Gráfico 1. Prensa popular 1978–1984



Fuente: elaboración propia a partir del levantamiento realizado por la Red de Prensa Popular, 2025.

En cambio, la prensa poblacional resulta mucho más volátil: suele carecer de recursos materiales y humanos estables para sostener la producción de boletines, lo que dificulta su permanencia en el tiempo. Además, enfrenta mayores niveles de vulnerabilidad frente a la represión, siendo esta una de las principales causas por las que muchas de estas iniciativas no logran prosperar. Muchos boletines surgieron como respuestas a eventos específicos (Ossandón, 2012: 42–45).

A pesar de su marcada orientación sectorial y territorial, la prensa popular tuvo un alcance limitado, con tirajes generalmente bajos: la mayoría no superaba los mil ejemplares, a diferencia de la prensa de la Iglesia como el boletín *Solidaridad*, que alcanzó los 30 mil. Hacia 1983, estas publicaciones circulaban principalmente entre militantes, dirigentes sindicales, estudiantes y activistas de derechos humanos, adaptándose a los cambios políticos del momento (Munizaga, 1981). Se distinguen tres tipos principales: prensa de organizaciones (51 casos), prensa de grupos de iniciativa (40) y prensa de instancias de apoyo

(26), categorías que a menudo se superponen. Ejemplos como *Claridad*, *El Pizarrón* y *Furia* reflejan la diversidad de enfoques, desde la expresión de posiciones ideológicas hasta la articulación de redes sociales y sindicales (Educación y Comunicación (ECO), 1984).

La prensa popular, a pesar de sus limitaciones en tiraje y alcance, desempeñó un papel clave en la articulación de actores sociales y en la circulación de «información popular alternativa» durante los años ochenta. Es decir, «información [...] elaborada “desde abajo”, contraria, al menos distinta, a la que ofrecen “desde arriba” la TV, la prensa y la radio manejadas por el oficialismo» (Educación y Comunicación (ECO), 2013: 7–8). La diversidad de formatos y enfoques muestra cómo estas publicaciones lograron adaptarse a las cambiantes condiciones políticas y sociales, sentando las bases para iniciativas colectivas. Así, el surgimiento en 1984 de la «Red de Prensa Popular» marcó un nuevo momento, orientado a coordinar esfuerzos y fortalecer la comunicación comunitaria como herramienta de resistencia.

La Red de Prensa Popular (RPP) fue un punto de encuentro de representantes de diversos sectores sociales —sindicales, periodistas, profesionales, poblacionales, estudiantiles, campesinos, mujeres y cristianos—, además de instituciones patrocinantes, con el fin de articular acciones conjuntas entre los boletines populares, fomentar redes de intercambio y fortalecer la circulación de los materiales. Además, de establecer coordinadoras en distintas zonas del país para ampliar su alcance y consolidar un sistema de comunicación alternativo (Ossandon, 1985).

Se organizaron talleres de formación anuales con cursos y asesorías en temáticas periodísticas, coordinados por integrantes de ECO, como la periodista Susana Mena. A estos encuentros asistían también representantes de medios cristianos, así como profesionales vinculados a ONG dedicadas a la comunicación y la cultura, como el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA), Horizonte y Chasqui. Asimismo, participaban periodistas asociados a medios disidentes, como Marcelo Contreras, del MAPU, quien

en ese período se desempeñaba como director de la revista APSI.

Estas instancias formativas seguían una metodología estructurada que incluía la inscripción de participantes, la definición de un tema central, exposiciones de boletines, trabajo por comisiones y un plenario final donde se establecían directrices para el año siguiente. No obstante, la participación de periodistas provenientes de medios disidentes como *Análisis*, APSI o *Cauce* fue más bien marginal. Quienes asistieron lo hicieron a título personal, impulsados por vínculos de militancia o afinidades ideológicas, más que por una estrategia colectiva o respaldo institucional explícito de sus respectivas redacciones. Esta situación generó múltiples tensiones entre los llamados periodistas populares y los profesionales de prensa, dando lugar a conflictos persistentes que se volvieron un tema recurrente en los encuentros anuales del sector.

Por otra parte, los medios cristianos compartieron muchas características con los

medios poblacionales, pero con una particularidad clave: su acción estuvo guiada por valores religiosos que no solo denunciaban la injusticia, sino que también proponían una perspectiva moral para construir una sociedad más equitativa. La influencia de la Teología de la Liberación resultó decisiva para reconfigurar la forma en que la Iglesia comprendía la comunicación: ya no solo como «herramienta de evangelización y misionera» sino como búsqueda de «comunidad», entendida como «un estado ideal de unión de todos los humanos» que rompe barreras de exclusión (Rodríguez, 2007: 177). Esta visión impulsó la promoción de «medios pequeños, participativos y horizontales» como estrategia de liberación, transformando comunidades «dominadas, pasivas y sin voz en sujetos activos de sus propios destinos» (Rodríguez, 2007: 178).

En Chile, esta transformación se expresó en experiencias locales como Radio Estrella del Mar en Chiloé, orientada a la concientización comunitaria (Rodríguez, 2007: 180), y en iniciativas urbanas como Radio Chilena,

que buscaba ser «la voz de los que no tienen voz» mediante campañas solidarias y clubes de amigos que nacían «de la inquietud de sentirse parte de la radio» y colaborar en acciones conjuntas (Vicaría de la Solidaridad, 1976). A ello se suma la reflexión de monseñor Enrique Alvear, quien afirmaba que «la Iglesia es discípula de Cristo, que es la Verdad», por lo que tiene el deber de «satisfacer el deseo de la opinión pública de saber la verdad» y usar el periodismo como «una manera de evangelizar», confrontando los hechos «con el Evangelio y con la orientación del magisterio social» para descubrir «la presencia de Dios en la historia» (Vicaría de la Solidaridad, 1977: 3).

Esta orientación resultó determinante para el rol que la Iglesia asumió tras el golpe de Estado, manifestándose en un incremento sostenido de boletines, publicaciones y programas radiales entre 1975 y 1983, periodo marcado por la intensificación de la represión ejercida por la Junta Militar (Quezada et al., 1984: 22-24). Estos medios se impulsaron desde distintos niveles de la

jerarquía eclesiástica, pero el grueso de su producción y circulación se concentró en las vicarías y parroquias, especialmente aquellas vinculadas a las zonas norte, sur y oeste de Santiago (ver gráfico 2).

Entre los boletines más destacados de la época sobresalió *Solidaridad*, publicado por la Vicaría del mismo nombre a partir de 1977. En un contexto de censura y represión, se consolidó como una herramienta pastoral y social con un doble propósito: documentar las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura y ofrecer «información veraz» para formar una opinión pública responsable en medio de «un cuadro de pobreza informativa que atenta contra el lector» (Vicaría de la Solidaridad, 1977). Además de denunciar, el boletín promovía la reflexión comunitaria «confrontando los hechos con el Evangelio y la orientación del magisterio social» (Vicaría de la Solidaridad, 1977) y se definía como «un servicio que quiere eso: servir. Y hacerlo con eficiencia» (Vicaría de la Solidaridad, 1977).

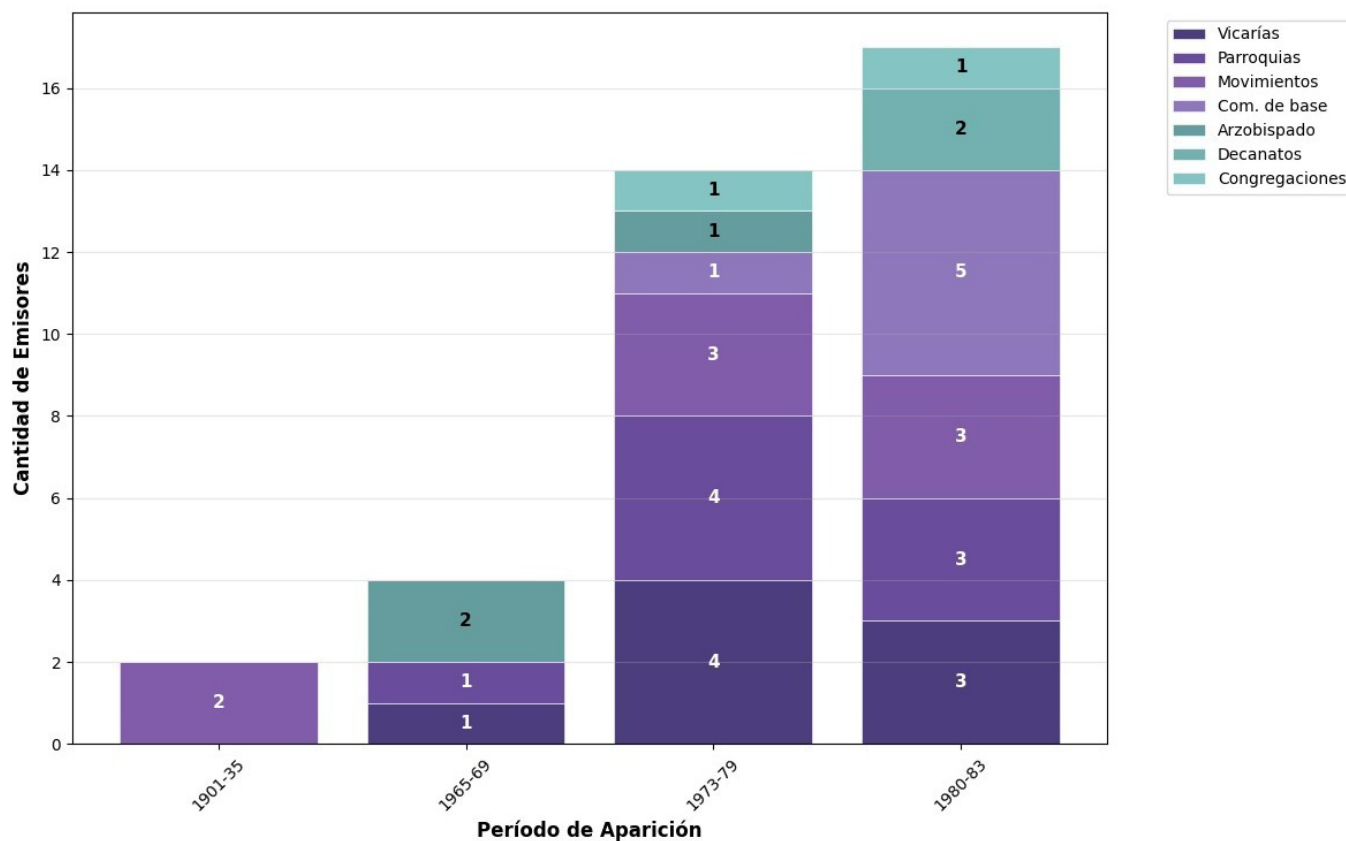
Lectores y agentes pastorales lo reconocían como un canal indispensable para la organización solidaria cotidiana: «A través de él es donde el cesante es informado objetivamente de lo que ocurre a nivel nacional», «Es la información de la revista la que nos ayuda a reflexionar», o «En los comedores, necesidad de información para la tarea de todos los días» (Vicaría de la Solidaridad, 1977). Para alcanzar este propósito contaba con equipos de periodistas profesionales con una clara militancia y sentido de la justicia social que dependían del departamento de comunicación de la Vicaría. Entre los profesionales que pasaron por este valioso medio, aparecen los nombres de Ramón Abarca, Walter Parraguez, Rodrigo Arteagabeytía, Augusto Góngora, Cecilia Atria, Graciela Ortega, Elia Parra, Pablo Portales, Mariela Vallejos, Marianela Ventura, Luis Navarro, Sandra Rojas, Helen Hughes, Gabriela Meza, Percy Lam, Nelson Muñoz, Washington Apablaza, Gonzalo Torres, Pilar Vergara, Ignacio Puelma, Gonzalo Aguirre, Pamela Miranda, entre otros. Distribuido en parroquias, centros comunitarios y de manera

semiclandestina, *Solidaridad* se transformó en un símbolo de resistencia y en un medio para fortalecer la conciencia crítica y la acción solidaria de base.

Santiago, la línea editorial de varias emisoras se tornó más moderada, en un giro interpretado por diversos sectores como una forma de autocensura (Ortega, 2022).

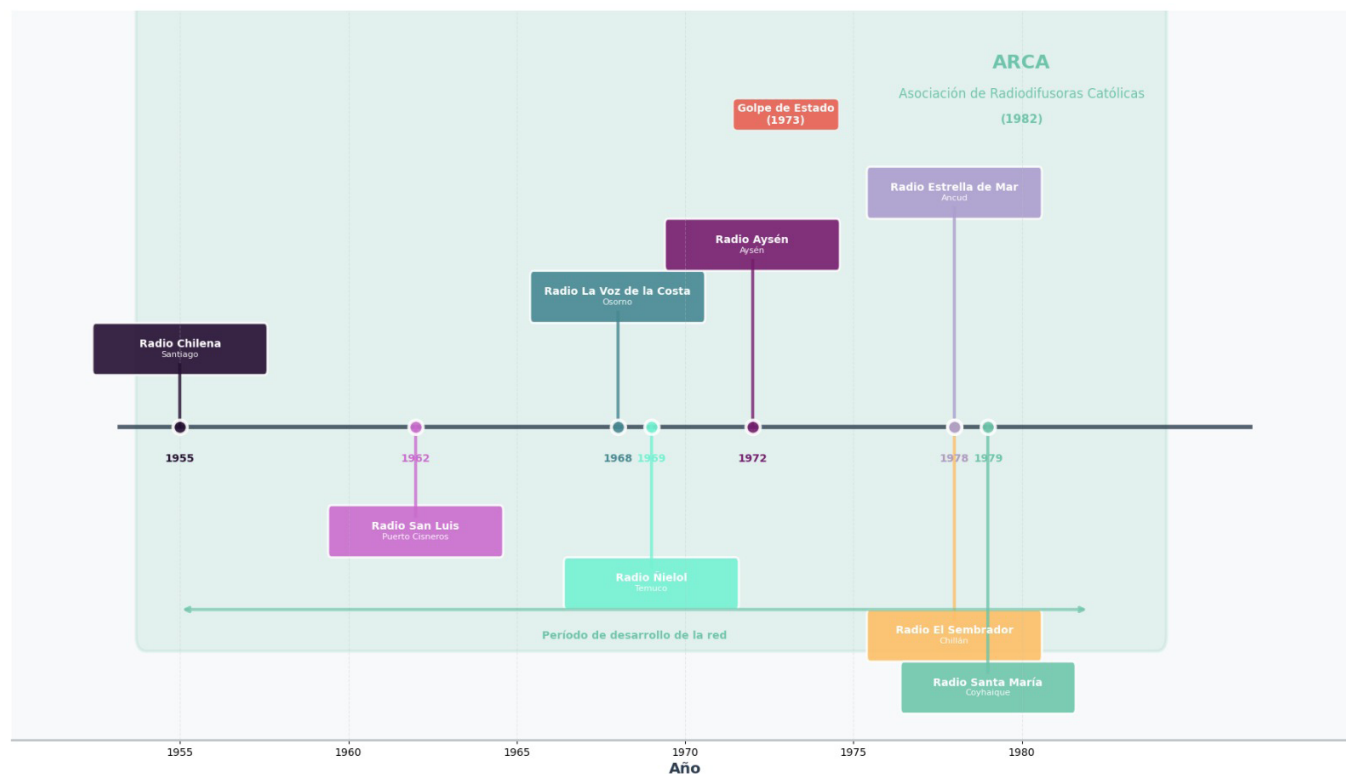
Junto con los boletines, la Iglesia desarrolló una red de radios católicas que rompieron el cerco informativo impuesto por la dictadura (ver imagen 1). Aunque en sus inicios estas emisoras tenían como principal objetivo la evangelización y el fortalecimiento de identidades locales, a partir de 1975 comenzaron a desempeñar un rol cada vez más relevante como espacios de crítica social y denuncia de las violaciones a los derechos humanos. Destacaron particularmente por su cobertura de las acciones emprendidas por los familiares de detenidos desaparecidos y por contribuir a la visibilización de la represión ejercida por el aparato estatal (Vicaría de la Solidaridad, 1976). Durante las jornadas de protesta de 1983, muchas de estas radios articularon sus programaciones en apoyo a las demandas del movimiento popular. No obstante, en 1984, con el nombramiento de Juan Francisco Fresno como arzobispo de

Gráfico 2. Aparición de medios cristianos según emisor (1901–1983)



Fuente: elaboración propia a partir de los registros del Arzobispado, 2025.

Imagen 1. Red de Radios Católicas en Chile



Fuente: elaboración propia, 2025.

Propiedad de la Iglesia Católica, Radio Chilena representó una tercera vía dentro del ecosistema comunicativo opositor. A diferencia de Radio Balmaceda, no estaba asociada directamente a un partido político y, a diferencia de Cooperativa, su línea editorial dependía de las dinámicas internas y las tensiones ideológicas al interior de la Iglesia. En 1975, adoptó el lema «La voz de los sin voz», posicionándose como un espacio de denuncia de abusos y difusión de las declaraciones del episcopado chileno en materia de derechos humanos. Su programación combinó contenidos informativos, culturales, musicales y de opinión, articulando una oferta diversa que incluía desde el noticiero *Primera Plana* hasta espacios emblemáticos como *Nuestro Canto* (1976–1983), conducido por Miguel Davagnino y dedicado a la música folclórica y de protesta; *La Chispa del Deporte* (1979–1982; 1983–1988); *A esta hora se analiza / Improvisando* (1983–1989), conducido por Jaime Celedón; *Protagonistas, la juventud tiene la palabra* (1986–1988), dirigido por Lourdes Alfaya; *El Moscardón*

(1977–1979); *El Club de los Fantasma*s; *Para los que fueron lolos* (1978–1988); y *Cien por ciento latinoamericano* (1983–1985), entre otros. Radio Chilena se convirtió así en un refugio simbólico para la expresión cultural, la memoria histórica y la circulación de discursos alternativos, ofreciendo recitales, entrevistas y transmisiones que promovían la identidad nacional en un contexto marcado por la censura. Sin embargo, en 1977, la venta del 50 % de sus acciones a la Congregación Salesiana —decisión impulsada por el cardenal Raúl Silva Henríquez— marcó un punto de inflexión conservador. La nueva administración dismanteló buena parte del equipo periodístico, reduciendo su planta de ocho a solo dos periodistas, y eliminó diversos programas considerados demasiado críticos. A pesar de este giro editorial, durante la segunda mitad de la dictadura, Radio Chilena logró mantener un espacio de expresión moderada pero significativa, funcionando como una fuente de información alternativa en un escenario mediático restringido.

En este contexto, las emisoras Radio Balmaceda, Cooperativa y Chilena representaron tres modalidades diferenciadas de resistencia mediática. Balmaceda, con su perfil abiertamente militante, fue la primera en ser clausurada. Cooperativa, con un modelo profesional y una estrategia de autocensura cuidadosamente calibrada, logró sostener su continuidad y consolidarse como la emisora más confiable para la oposición política. Radio Chilena, en cambio, encarnó una posición ambigua, oscilando entre la denuncia y la moderación, según los alineamientos internos de la jerarquía eclesiástica. No obstante, a pesar de sus diferencias editoriales y organizativas, estas radios compartieron un propósito común: romper el cerco informativo impuesto por el régimen, amplificar las voces silenciadas y contribuir, desde sus micrófonos, a la reconstrucción del espacio público y a la lucha por la recuperación de la democracia en Chile.

5. Articulación de redes y circulación de información

La Red articuló un espacio común de acción, impulsando la creación de redes colaborativas

entre comunicadores populares. Es decir, emergió como un canal clave de comunicación entre organizaciones de base, gremios, medios y ONG, favoreciendo la difusión de estrategias de lucha, denuncias de violaciones a los derechos humanos y testimonios de resistencia. Fue el principal motor de articulación y visibilización de las comunicaciones alternativas en Chile durante los años ochenta. Justo cuando el escenario de las comunicaciones en Chile experimentó cambios significativos, las informaciones radiales opositoras ganaron protagonismo, las revistas de actualidad proliferaron, el rayado callejero y los panfletos reaparecieron en masa y, aunque de manera limitada, la televisión y la gran prensa comenzaron a reconocer la existencia de actores sociales y políticos disidentes (Sunkel y Tironi, 1993). Estas transformaciones impactaron a la prensa popular de base, exigiéndole crecer y perfeccionarse para contribuir a las luchas del presente y al diseño de los procesos de democratización futuros. Era de suma importancia mejorar las comunicaciones si se quería desarrollar un movimiento popular.

Su consolidación permitió que representantes de este sector fueran invitados a los Seminarios Nacionales de Comunicación, realizados entre 1983 y 1985, para debatir sobre el rol de los medios en la democratización, además de proyectar estrategias colectivas para enfrentar la censura y la gestión, y la concentración mediática (1984). En estos encuentros, la Red se hizo presente a través de la participación de organizaciones sociales, comunicadores populares, gremios y ONG, promoviendo la reflexión sobre la estructura y propiedad de los medios, así como el acceso equitativo a la información. Estaba claro que el debate sobre el futuro de los medios chilenos en el marco del Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII) sentaría las bases para avanzar en las comunicaciones populares.

En el contexto de la dictadura chilena, los encuentros de la Red de Prensa Popular no solo sirvieron para intercambiar experiencias, sino también para revisar las coyunturas del periodo y redefinir los horizontes políticos de los medios

alternativos. En 1985, frente al cierre de medios opositores y la intensificación de la censura, se discutió el rol estratégico de la prensa popular. Figuras del periodismo como Jorge Andrés Richards, Marcelo Contreras y Andrés Chau, aportaron desde sus experiencias en boletines y medios eclesiásticos, delineando caminos para sostener la circulación de información crítica.

En ese escenario de represión comunicacional, el boletín *Carta a los Periodistas*, editado por el Colegio de Periodistas, emergió como una herramienta clave para el movimiento popular. Desde su aparición en noviembre de 1984, se convirtió en una fuente prioritaria para medios autogestionados y boletines barriales, ofreciendo información verificada y análisis sobre la situación nacional. La publicación asumió un rol activo en la disputa por el derecho a informar, desafiando el cerco mediático impuesto por la dictadura. El periodista Jorge Richards definió *Carta a los Periodistas* como una verdadera agencia noticiosa con dos funciones esenciales: por

un lado, ejercer un rol ético al mantener informada a la población a pesar de las restricciones impuestas por el régimen; y, por otro, contribuir a la desobediencia civil, negándose explícitamente a operar como un medio clandestino (Richards, 1985). Esta doble apuesta convirtió al boletín en un espacio fundamental de articulación entre profesionales de la prensa, organizaciones sociales y medios alternativos, comprometidos con la recuperación del debate público y la defensa de la libertad de expresión. Su información alimentaba publicaciones como *Unión*, de Valparaíso, confeccionada sin apoyo institucional pero con fuerte arraigo territorial:

Tenemos un boletín informativo especial llamado *Unión*, que se hace en base a la Carta a los Periodistas e informaciones reporteadas por nosotros. Allá el Colegio de Periodistas no se pone con esto, no quiso emitir la Carta. El boletín la *Unión* se saca de hecho sin ningún apoyo ni techo [...] Llevamos 5 números de 500 ejemplares (Rimsky, 1985: 35).

A través de estas redes, la carta extendió su alcance como soporte informativo y vínculo entre comunicadores sociales.

La exposición de Jorge Richards durante el segundo encuentro de la red dio cuenta del valor que adquirió *Carta a los Periodistas* como instrumento de articulación frente a la censura. El impacto fue tal que, tras su cierre en junio de 1985, múltiples organizaciones sociales exigieron su reedición en el III Seminario Nacional de Comunicaciones. En ese espacio se destacó su rol como «vehículo fundamental de información nacional» para los sectores populares, subrayando su accesibilidad, legitimidad y capacidad de denunciar lo que los medios oficiales silenciaban (Levy, 1985: 200).

El acceso a fuentes de información y la capacitación en habilidades periodísticas fueron aspectos clave en la relación entre los medios populares y los periodistas profesionales. Sin embargo, estos últimos tendían a utilizar a los comunicadores populares únicamente como fuentes informativas, sin reconocer

su papel como actores legítimos en la producción de noticias, a menudo denominados «reporteros del pueblo».

Con el paso del tiempo, la Red ajustó sus objetivos, incorporando talleres audiovisuales y radios populares, sin perder de vista sus demandas centrales: capacitación y democratización de la comunicación. Sin embargo, persistían tensiones entre periodistas profesionales y comunicadores populares, a quienes muchas veces no se reconocía como actores legítimos del campo informativo. Pese a ello, estos medios alternativos continuaron desempeñando un rol crucial en la lucha por la democracia, especialmente en los años previos al plebiscito de 1988.

6. A modo de conclusión

El análisis de los ecosistemas comunicativos subterráneos durante la dictadura chilena (1973–1988) permite comprender cómo, en un contexto de censura estructural, persecución política y concentración mediática, la comunicación se reconfiguró como una

práctica política fundamental. Lejos de ser simples reacciones aisladas al cerco informativo, los medios clandestinos, populares y cristianos articularon un sistema dinámico, interdependiente y multiforme que sostuvo la circulación de discursos críticos, promovió la cohesión social en contextos de represión y contribuyó activamente a la configuración de una esfera pública alternativa.

Estos ecosistemas comunicativos no se componían de medios encerrados en sus propios márgenes, sino de redes que se cruzaban, se solapaban y fluían constantemente. La frontera entre periodista y fuente se desdibujaba; los medios clandestinos tomaban insumos de los boletines populares; las radios cristianas se hacían eco de los mensajes sindicales o estudiantiles; y los comunicadores populares compartían metodologías y agendas con periodistas profesionales. Esta fluidez generó un entramado comunicacional insurgente, profundamente enraizado en los territorios, que no solo informaba, sino que también organizaba, educaba, documentaba y cuidaba. Su densidad política residía en

la capacidad de pensar la comunicación no solo como resistencia, sino como anticipación: como espacio para ensayar formas de convivencia democrática.

En este sentido, estos sistemas no solo disputaron el presente de la dictadura, sino también imaginaron el porvenir. Desde los boletines mimeografiados hasta los seminarios nacionales de comunicación, se atrevieron a pensar las comunicaciones para la democracia, impulsando debates sobre el acceso equitativo a la información, la estructura y propiedad de los medios, y el derecho a comunicar como un derecho colectivo.

Sin embargo, este horizonte se desdibujó con la transición. En el marco de las negociaciones entre élites políticas, uno de los costos de la gobernabilidad pactada fue el silenciamiento de estas experiencias. El cierre de medios alternativos, el desmantelamiento de las ONG, el retiro de financiamiento internacional y la imposición de un modelo neoliberal de comunicación basado en la concentración empresarial y la lógica de

mercado clausuraron gran parte del campo popular de las comunicaciones. La promesa de democratización del espacio informativo fue sustituida por una profesionalización sin participación, por un pluralismo formal sin diversidad estructural.

Hoy, volver sobre estos ecosistemas comunicativos subterráneos no es solo un ejercicio de memoria, sino una invitación a repensar los vínculos entre comunicación, organización social y democracia. En tiempos marcados por nuevas formas de concentración mediática, vigilancia digital y exclusión informativa, las experiencias forjadas en la clandestinidad, la parroquia, el sindicato o la radio popular ofrecen claves históricas para imaginar otras formas de hacer periodismo, comunicar desde abajo y disputar sentidos en contextos de crisis.

Declaración de autoría

La autora realizó la conceptualización, investigación, metodología, redacción –borrador original, redacción–, revisión y edición.

Agradecimientos

Agradezco profundamente a Juan (Kike) Ortega, Antoine Faure, Claudia Lagos y Francisca Gómez por sus generosos comentarios y su lectura detenida y comprometida con esta investigación. Sus observaciones críticas han enriquecido sustancialmente este trabajo. Asimismo, el diálogo intelectual con el Grupo de Estudios sobre Prensa de la Universidad de Buenos Aires y el Centro de Estudios de la Comunicación Pública de la Universidad de Santiago, centros de los cuales formo parte como investigadora, ha sido fundamental para las perspectivas aquí desarrolladas. Este texto forma parte de mi investigación doctoral en Historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Los aciertos son fruto de estos intercambios; los errores, de mi exclusiva responsabilidad.

Referencias citadas

A.A., V.V. (1984): *La comunicación en los 80: alternativas y perspectivas*, Santiago, Consultora EFEC-AINAVILLO.

Álvaro-Leyton, M. (2022): «Radio Nacional de Chile. La apuesta radiofónica de la dictadura cívico-militar chilena», *Comunicación y Medios*, 31(46), pp. 109-119. DOI: <https://doi.org/10.5354/0719-1529.2022.66031>

ANCHA (1976): *Agencia Noticiosa Chilena Antifascista (ANCHA)*, no. 36, Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMa). Disponible en: https://cedema.org/digital_items/8528 [Consulta: febrero de 2025].

ANCHA (1978): «Una tarea urgente. Apoyemos la prensa clandestina», *Agencia Noticiosa Chilena Antifascista (ANCHA)*, septiembre, no. 36, Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMa). Disponible en: https://cedema.org/digital_items/8528 [Consulta: febrero de 2025].

ANCHA (1981): *Agencia Noticiosa Chilena Antifascista (ANCHA)*, no. 60, Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMa). Disponible en: https://cedema.org/digital_items/8528 [Consulta: noviembre de 2024].

Anónimo (1975a): «El MIR llama a la unidad», *El Rebelde*, marzo, 104.

Anónimo (1975b): «Crece la propaganda clandestina», *El Rebelde*, 104, pp. 34-35.

Anónimo (1976a): «Radio Chilena: una voz que une y orienta», *Solidaridad. Boletín informativo de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago*, 3, p. 7.

Anónimo (1976b): «El Mercurio, 27-3», noviembre-diciembre.

Anónimo (1977a): «Colaborar con la prensa de la resistencia: Tarea de todo el pueblo», *El Rebelde*, 128, pp. 8-12.

Anónimo (1977b): «Periodismo: una forma de evangelizar», *Solidaridad. Boletín informativo de la Vicaría de la Solidaridad*, 19, pp. 3-4.

Anónimo (1977c): «Servir a la verdad es tarea de la solidaridad», *Solidaridad. Boletín informativo de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago*, 19, pp. 12-15.

Anónimo (1979): «La * golpea a El Mercurio cómplice de la dictadura», *El Rebelde*, 147.

Anónimo (1983): «Por una prensa libre», *El Rebelde*, 200, p. 9.

Anónimo (1984): «¿Uds. llaman ‘comandos’ a los equipos encargados de las emisiones de RL?», *El Rebelde*, 210.

Baltra Montaner, L. (1988): *Atentados a la libertad de información en Chile*, Santiago, CENECA.

Bastías, M. (2013): *Sociedad civil en dictadura: relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

Becerra, M., G. Mastrini y A. Bizberge (2019): *Grupo Clarín: From Argentine Newspaper to Convergent Media Conglomerate*, Abingdon, Routledge. DOI: <https://doi.org/10.4324/9781003051060>

Bourdieu, P. (2005): «The Political Field, the Social Science Field, and the Journalistic Field», en

Bourdieu and the Journalistic Field, Cambridge, Cambridge University Press.

Bresnahan, R. (2002): «Radio and the Democratic Movement in Chile, 1973–1990: Independent and Grass Roots Voices During the Pinochet Dictatorship», *Journal of Radio Studies*, 9(1). DOI: https://doi.org/10.1207/s15506843jrs0901_13

Brigada Arcadia (1984): «Nuevo horario. Radio Liberación», *El Rebelde*, 206, pp. 1–12.

Carmona, E. (1997): *Morir es la noticia*, Santiago, J&C Productores.

Cavallo, A. (2024): Rutinas periodísticas de la revista Hoy [Entrevista], 8 de enero de 2024.

Comité Central (1983): «Radio Liberación. Dos años de verdad revolucionaria», *El Rebelde*, 206, pp. 1–12.

Córdova, J. L. (2011): Los medios clandestinos [Entrevista], 12 de abril de 2011.

Corvalán Castillo, M. V. (1989): *Aquí Radio Moscú: ¡Escucha Chile!*, Moscú, Editorial de la Agencia de Prensa Nóvosti.

de Certeau, M. (1984): *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press.

de Negri, C. (2011): Los medios clandestinos [Entrevista], 22 de abril de 2011.

Durán, C., F. Reyes-Matta y C. Ruiz (1989): *La prensa: del autoritarismo a la libertad*, Santiago, CERC/ILET.

Educación y Comunicación (ECO) (1984): *Listado de prensa popular, 1978 y 1984*, Santiago, s.n.

Educación y Comunicación (ECO) (2013): «Años 80. Extractos de Encuentros de la Red de Prensa Popular», en *La disputa por la palabra: comunicación popular alternativa*, Santiago, LOM Ediciones-FONDART, pp. 137–141.

Federación Latinoamericana de Periodistas (1981): «FELAP apoya a la AIR Agencia Informativa de la Resistencia», *El Rebelde*, 175, p. 11.

- Grele, R. (1990): «La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral, quién contesta a las preguntas de quién y por qué», *Historia y Fuente Oral*, 5, pp. 106-127. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/27753314>
- Gunther, R. y A. Mughan (2000): *Democracy and the Media: A Comparative Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press. DOI: <https://doi.org/10.1017/CBO9781139175289>
- Lagos Lira, C., ed. (2013): *El diario de Agustín. Seis estudios de caso sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973–1990)*, Santiago, LOM Ediciones.
- Laulié, M. y P. Portales (1983): «La experiencia laboral», en F. Reyes (Comp.), *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*, Santiago, Ediciones ILET, pp. 105-118.
- Leighton, P. (2013): *The Enlightened Dictatorship: Genealogy of an Audiovisual Propaganda Culture in Chile (1973–1978)*, PhD Thesis, Macquarie University, Faculty of Arts, Department of Media, Music, Communication and Cultural Studies.
- Levy, B. (1985): *Encuentro con organizaciones sociales. Síntesis y proposiciones*, Santiago, s.n.
- Martín-Barbero, J. (2003): *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, México, Gustavo Gili.
- Mönckeberg, M. O. (2024): Rutinas periodísticas de la revista *Análisis* [Entrevista], 15 de junio de 2024.
- Monsalve Araneda, D. (2020): «Legitimación e institucionalización. El poder militar disciplinario en Chile: bandos y decretos ley (1973-74)», *Estudios – Centro de Estudios Avanzados*, 44, pp. 185–206. DOI: <https://doi.org/10.31050/re.vi44.30173>
- Monsálvez Araneda, D. y J. González Alarcón (2019): «Política, prensa y oposición en el Chile de Pinochet: el caso de las revistas *Solidaridad*, *Análisis* y *Cauce*», *Estudios del ISHiR*, 9(23). <https://doi.org/10.35305/eishir.v9i23.906>
- Munizaga, G. (1981): *Prensa sindical y universitaria: ¿Un fenómeno de comunicación alternativa?*, Santiago, CENECA.

- Ortega, J. (2022): «Radio comunitaria en Chile», en *100 años de la radio en Chile. 1922-2022*, Santiago, LOM Ediciones.
- Ossandón, F. (1985): «¿Qué es la Red de Prensa Popular?», *Comunicación y Solidaridad*, n.º 14, pp. 51–57.
- Ossandón, F. (2012): «¿Qué es la comunicación popular? Una reflexión y tres experiencias», en *La disputa por la palabra: comunicación popular alternativa*, Santiago, LOM Ediciones.
- Palieraki, E. (2018): «Broadening the field of perception and struggle: Chilean political exiles in Algeria and Third World cosmopolitanism», *African Identities*, 16(2). DOI: <https://doi.org/10.1080/14725843.2018.1452138>
- Pasquariello, M. (2020): *El diario de los Montoneros. La comunicación en la lucha armada (Argentina, 1974–1979)*, Buenos Aires, UNGS.
- Quezada, M., G. Riveri y V. Fuenzalida (1984): *Los micromedios de las iglesias cristianas en Chile: funcionamiento y discurso*, Santiago, CENECA.
- Red Voltaire (2006): «¿Qué es la Felap?», Disponible en web: Disponible en: <https://www.voltairenet.org/article133340.html> [Consulta: 10 enero 2025].
- Richards, J. (1985): «La Carta de los Periodistas», *Comunicación y Solidaridad*, 14, pp. 28–32.
- Rimsky, C. (1985): «Debate Abierto», *Comunicación y Solidaridad*, 14, pp. 35–36.
- Rivera Aravena, C. (2008): «La verdad está en los hechos: una tensión entre objetividad y oposición. Radio Cooperativa en dictadura», *Historia*, 1(41), pp. 79–98. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-71942008000100004>
- Rivera Aravena, C. (2017): «Prensa y política: el poder de la construcción de la realidad en Chile, siglos XIX y XX», en *Historia política de Chile, México*, Fondo de Cultura Económica.
- Rivera Aravena, C. y P. Calvo González, eds. (2024): *El rol de los medios de comunicación en la práctica sociopolítica en América Latina*, Santiago, Editorial USACH.

Rodríguez, C. (2007): «El Obispo y su Estrella: Comunicación Ciudadana en el Sur de Chile», *Redes.com: revista de estudios para el desarrollo social de la comunicación*, 4, pp. 175–191.

Scolari, C. A. (2015): «Ecología de los medios: de la metáfora a la teoría (y más allá)», en *Ecología de los medios. Entornos, evoluciones e interpretaciones*, Barcelona, Gedisa.

Silva-Hidalgo, R. (2018): «El relato de la prensa mirista durante la dictadura cívico-militar, 1973–1989», *Izquierdas*, 41, pp. 100–116. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000400100>

Sunkel, G. y E. Tironi (1993): «Modernización de las comunicaciones y democratización de la política: Los medios en la transición a la democracia en Chile», *Estudios Públicos*, (52). Disponible en: <https://www.estudiospublicos.cl/index.php/cep/article/view/1309> [Consulta: 16 julio 2025].

Tamayo Grez, T. (2007): *La prensa del general*, Tesis para el grado de periodista, Universidad de Chile, Santiago.

van Dijk, T. (1980): «Algunas notas sobre la ideología y la teoría del discurso», *Semiosis*, julio-diciembre, 5, pp. 37–53. Disponible en: <http://cdigital.uv.mx/handle/123456789/5918>

Vico, M. (2013): *El afiche político en Chile. 1970–2013*, Santiago, Ocho Libros.

Williams, R. (1977): *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press.

Zaragoza Fernández, L. (2007): «Entre la ilegalidad y la resistencia. La radio clandestina en América Latina. Notas para su estudio», *Anclajes*, 23, pp. 20–25. Disponible en: <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/36471>